

Graciela Tedesco - Cecilia Moreyra

Editoras

Paisajes de Güemes

Habitar la casa, el barrio y la ciudad



Paisajes de Güemes

*Habitar la casa,
el barrio y la ciudad*

Graciela Tedesco Cecilia Moreyra
(Editoras.)

Área de

Publicaciones

ffyh

Facultad de Filosofía
y Humanidades I/UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba



10. MEMORIAS

Aromas y sonidos

Por Héctor Luis Tiraboschi¹

Lalo –Héctor Luis Tiraboschi– nació en 1940 en barrio Observatorio y hoy vive junto a su esposa Catalina Montenegro en barrio Güemes. Si bien este cambio de residencia sugeriría barrialidades distintas, las memorias revelan entrecruzamientos y huellas de un mismo recorrido. En los paisajes barriales se entretajan lugares, olores, sonidos y actividades en común; las fronteras se tornan difusas y se profundizan los vínculos. Así, compartir las barrancas, las orillas de La Cañada, las experiencias de marginalidad y organización vecinal, recorren las memorias de los vecinos/as de este sector. Personas de barrios próximos y distantes utilizaban los Baños Públicos de Güemes; concurrían a divertirse a los clubes de Bella Vista, Güemes y Observatorio; o transitaban entre diferentes escuelas de la zona, compartiendo en su ir y venir perfumes y sonidos como los que aquí Lalo nos describe.

Me críe en una familia de inmigrantes italianos. No sé si viene al caso, pero quedé huérfano de madre a los 4 años. Me siguieron criando las tías, hermanas de mi madre, los nonos gringos y todos los tíos hermanos de mi padre. Siempre bajo los cuidados y detalles de los abuelos maternos y paternos.

Los juguetes que usábamos de chicos eran muy simples, hechos con las manos de mi viejo y los tíos; por ejemplo, un carrito de madera con cuatro ruedas de madera, de cajones de verdulería. Más grande, cuando caminaba trastabillando, me ponían en el suelo de la galería sobre un pellón de oveja. De sonajero eran unas cajas de pomada de zapatos, con unos aceritos de rulemanes, bien cerrada y

¹ Todos los días, el “Lalo” Tiraboschi nos confirma que la juventud no se mide por los años sino por la manera en que se elige caminar la vida. Tiene la capacidad de detener el reloj y estudiar todo lo que se le presente. Cuando sale de su casa con la excusa de pasear, se detiene en esas angostas veredas siempre dispuesto a dar una mano. Pareciera que mientras va caminando, va tarareando con Serrat “vecino/a no hay barrio, se hace barrio al andar”.

soldada con estaño, forrada con un tejido que hacía la nona, porque a esa edad uno lleva todo a la boca y se puede lastimar. Más tarde, a los 5 años, daba vuelta la casa patas para arriba. Después, venía la salida a la puerta de calle, a ver pasar los vecinos.

No había muros, solo eran simples tejidos de alambre en forma de rombo y los tapaba una hermosa planta de siempre verde, he aquí mi primer recuerdo de los olores que se esparcían por todo el ambiente, justo en tiempo de primavera. Más perfumes: de las rosas, azares, de los citrus, jazmines, de las frutas que teníamos en los árboles de naranjo, limones, granada, uva del tipo frambua, traídas las cepas de Italia (los nonos eran de Bérgamo, que está en la región de Lombar-día), cuando la fruta está madura y tiene ese perfume muy particular. El olor a pan casero, recién sacado del horno, nunca lo voy a olvidar.

A los 8 años empecé a ir al Colegio Nacional N° 177, que tenía entrada por la calle Laprida 973 y la salida por pasaje Rector hoy Achával Rodríguez, frente a mi casa. Después, nos juntábamos todos los chicos de la misma edad, en diferentes grupos. Los más grandes, adolescentes y casi mozos no nos dejaban juntar con ellos, dado que éramos más chicos. Éstos más grandes fumaban y el olor a humo que emanaban también lo tengo registrado.

También fui alumno del colegio Salesiano, como alumno externo, más o menos a los 13 años, de allí tengo el sentido del olfato de perfume de incienso. Los sábados, catecismo, cine, Flash Gordon en capítulos; después, a jugar a la pelota en los patios y en las meriendas nos daban unos sandwichs de pan francés y mortadela, olores que nunca se olvidarán. En el barrio Observatorio, calle Laprida al 1000 y pico -hoy, una placita- funcionaban los hornos donde quemaban la basura, ese sí que era un olor no muy lindo y más cuando había viento norte; a levantar toda la ropa lavada tendida porque si no se impregnaba de ceniza y ese olor nada agradable.

Otros sonidos... Desde que tengo uso de razón, los cantos de los pájaros. Mi nono tenía una gran pajarera en la que habitaban canarios y yo de chico podía entrar por la puerta posterior y limpiaba la jaula. Los canarios nos conocían y era un gorgoreo, le cambiaba el agua dos veces por día, se daban un chapuzón, y la comida y el agua para beber ya la tenían separada. El timbre de la bici, la campana de la iglesia de Santo Cristo, las ovaciones cuando alentábamos a los

que jugaban al básquet en el centro de fomento de barrio Observatorio. En los carnavales, las bullas que hacían las murgas. El silbato de la policía cuando nos veía pelear, las risas de los cuentos que se contaban. La propalación que anunciaba algún acontecimiento. Los ruidos espeluznantes de los aviones cuando pasaban a poca altura. El “pla-pla” cuando pasaban los caballos, en especial los percherones de la muni que tiraban los chatones de cuatro ruedas con la basura; y el ruido que escuchábamos cuando caían piedras, y la lluvia. En las fiestas patrias tocaba la fanfarria la banda de aeronáutica, en la esquina de Mariano Moreno y Laprida.

Hoy es común y casi molesto escuchar los decibeles altísimos que emiten los modernos motores a explosión de autos y motos. Antes, se escuchaban muy de vez en cuando esos ruidos. El más conocido por todos era el “bondi”, aparte del chillido de los frenos, la corneta que tocaba en las bocacalles, o cuando pasaba alguna dama agraciada.

